

determinada de la vida del mundo futuro. En ese sentido, las precauciones críticas de Velasco son irreprochables. Muy acertada me parece la propuesta de que la visión pesimista del Hades que se refleja en la épica homérica responde más bien a una cosmovisión personal del poeta que a una herencia indoeuropea, mientras que, por el contrario, los testimonios de las laminillas órficas beben de una tradición anterior, muy arraigada en el mundo griego.

Por otro lado, el estudio no sólo analiza las fuentes que hablan directamente del más allá o de los ritos funerarios «en los que impera la idea de reproducir o transferir al otro mundo los actos que se llevan a cabo en la tierra», sino que también estudia la nomenclatura, en donde hace análisis etimológicos que arrojan algo de luz (quizá no tanta como muchos estudiosos de la etimología a la manera tradicional creen) sobre la visión escatológica indoeuropea. Personalmente, no estoy muy seguro de que los nombres del más allá signifiquen algo transparente o deducible desde nuestro conocimiento del tema, mientras que el análisis de los textos resulta mucho más productivo.

La autora postula de una manera muy decidida que el más allá indoeuropeo, según deduce de los testimonios, parece una realidad reservada a todos los difuntos, sin distinción alguna. Quizá en ese sentido hubiera resultado revelador analizar los materiales con una perspectiva algo más sociológica, o incluso considerando la tripartición que Dumézil propone para la ideología de los indoeuropeos. El mundo batallador de ultratumba que algunos textos dejan deducir quizá no sea tan acorde con la visión que podían tener los miembros de la primera o la tercera función dumeziliana, sospecho.

En definitiva, es un libro de interés capital para la reconstrucción de la ideología indoeuropea, en un aspecto tan relevante para la religión como es la concepción del más allá.

Juan Antonio Álvarez-Pedrosa Núñez

RAÚL GONZÁLEZ SALINERO, *Poder y conflicto religioso en el norte de África: Quodvultdeus de Cartago y los vándalos*, Signifer Libros. Madrid 2002, 183 pp.

El olvido comparativo al que Quodvultdeus de Cartago ha sido sometido por la historiografía sólo puede explicarse por la poderosa sombra que Agustín de Hipona ha proyectado sobre el cristianismo africano de fines de la Antigüedad. Este ensombrecimiento parece haber surgido casi contemporáneamente a los difíciles acontecimientos que el norte de África vivió a partir del 429, cuando los vándalos irrumpen violentamente en la de por sí conflictiva trayectoria política y religiosa de la región, hasta tal punto que la erudición antigua ignoró su producción literaria y redujo su recuerdo al de corresponsal de Agustín, atribuyéndole la condición de discípulo de aquel por el contenido de las cartas cruzadas entre ambos. La atribución de *corpus* de obras de Quodvultdeus tuvo que esperar hasta comienzos del siglo XX, y aún así con graves divergencias a la hora de fijar la identidad del diácono de Cartago que se escribe con Agustín y del homónimo obispo de la sede unos años

después, para agrupar como surgidos de la misma mano el tratado, los trece sermones y las dos cartas a Agustín que hoy se aceptan casi unánimemente como suyos, especialmente desde que Braun hiciese la edición para el *Corpus Christianorum* en 1976.

Con todo, la autoría puede ser un problema secundario toda vez que el cuerpo unitario se convierte en una fuente de relevancia incomparable para conocer «los sucesos y ambientes de los primeros impactos y consecuencias de la invasión vándala de África» (p. 29). Los sermones atribuidos a Quodvultdeus reflejan sobre todo el ambiente de resistencia activa de una parte importante del clero africano, especialmente del cartaginés, ante la llegada de los bárbaros y su actitud de desprecio a todo diálogo. El autor del libro que presentamos está interesado, superado el debate de la autoría y conocido el alcance de su interés teológico y la influencia ejercida entre sus contemporáneos, en hacer evidente su interés histórico.

La utilización de la obra de Quodvultdeus como fuente para reconstruir la historia norteafricana en el momento clave de la irrupción bárbara es por lo tanto el objetivo y el logro fundamental del trabajo de Raúl González Salinero. Magnífico conocedor de la obra patristica occidental cuenta con los instrumentos necesarios para separar el continente y el contenido, para entender cómo el vehículo retórico y vehemente de la prosa de los sermones tiene por objetivo esencial resolver problemas, sean estos dogmáticos o disciplinares, y, sobre todo, combatir y denunciar la perversidad de los vándalos arrianos, guiados por su odio hacia la Iglesia y la ortodoxia católica. Tras un primer capítulo donde aclara sus puntos de vista sobre la biografía, la personalidad y la obra del obispo de Cartago, el autor dedica tres capítulos sucesivos, perfectamente equilibrados, a resolver los problemas religiosos y eclesiales de la capital africana en los años 30 del s. V, la actuación de los vándalos frente a la población civil y la jerarquía eclesiástica y por último la reacción combativa del clero católico, donde el mismo Quodvultdeus se erige en figura señera y fundamental.

La obra de Quodvultdeus manifiesta, con una fuerza que a veces pierden otros autores del momento, como el mismo Agustín, la complejidad religiosa de la Cartago tardorromana. Por un lado nos muestra una ciudad con una vitalidad extraordinaria, donde las viejas tradiciones paganas aún mantienen una fuerza evidente, a pesar de haber transcurrido más de tres décadas desde la prohibición de sus cultos y prácticas, de las cuales no se han liberado siquiera muchos cristianos que se dejan llevar por las monstruosidades de los ídolos abandonando a Dios. Su crítica incluye también el rechazo de los espectáculos públicos insensatamente abarrotados de público mientras los invasores se acercan a los muros de la ciudad: «la sangre de los hombres es derramada todos los días en el mundo mientras crepitan las voces de los insensatos en el circo» (*I temp. barb.*, 1, 11). La fuerza de su prosa se dirige igualmente hacia los judíos. La presencia hebrea en África era antigua y poderosa, evidentemente la Iglesia la veía como una amenaza social y religiosa, que alcanzaba incluso a ciertas formas *judaizantes* en la propia práctica cristiana. En este caso el pensamiento del obispo de Cartago no es especialmente original y se coloca en la misma tradición que Agustín y, en general, que la patristica occidental, aunque el tono de sus diatribas es particularmente agresivo, lo

que parece encajar con su poderosa personalidad. Con todo, su animadversión hacia los judíos queda en un nivel insignificante cuando se compara con su oposición a la herejía. Donatistas, maniqueos, pelagianos, sabelianos, nestorianos y arrianos minaban «los sólidos fundamentos de la estabilidad del edificio católico» (p. 70), a través de las páginas de Quodvultdeus, y en este caso de su subjetiva percepción, podemos valorar la situación en que se encontraban las disputas intraeclesiales en el momento que los vándalos irrumpen en la ciudad.

Cuando los vándalos llegan a África, lo hacen en una provincia próspera, aunque no exenta de conflictos. Su conquista fue fácil y en general sin apenas resistencia; los acuerdos parciales con el Imperio no les detuvieron y en el 439, diez años después de cruzar el estrecho de Gibraltar ocuparon Cartago. Agustín había manifestado que el mayor peligro no estaba en los bárbaros, «sino en el desorden moral que provocaría su llegada, que pondría en peligro la situación privilegiada de la Iglesia católica, abriendo de nuevo el paso a los herejes y, aunque no los nombra, en especial a los arrianos» (p. 85). Hay un indudable catastrofismo en la percepción de la invasión y Quodvultdeus no es una excepción. Probablemente su afán propagandístico exageró los acontecimientos, pues, fuera de los destrozos iniciales, la vida social y económica se reanudó relativamente pronto; aunque es indudable que hubo destrucciones y confiscaciones o abandonos de propiedades, una parte de la población supo acomodarse a las exigencias del nuevo orden. La vida urbana de Cartago, donde los vándalos instalaron su capital, recuperó pronto su pulso y los recién llegados trataron de conservar instituciones y formas propiamente romanas, incluidos tribunales de justicia para romanos. Pero esta recuperación de normalidad parece haber excluido a la Iglesia católica. El clero católico fue desposeído de sus propiedades y buena parte de la alta jerarquía exiliada, incluido, tras un tiempo de resistencia, el mismo Quodvultdeus. Confiscaciones y exilios que inmediatamente redundaron en beneficio de la iglesia arriana y sus ministros, quienes paulatinamente ocuparon las sedes y las basílicas enajenadas, desde las cuales se dispusieron inmediatamente a difundir el arrianismo por todo el territorio africano y lograr así el ideal de Genserico de conseguir la unidad del reino en torno al credo arriano.

Con todo, el elemento más atractivo de la obra de Quodvultdeus probablemente sea que pone en evidencia la capacidad de resistencia de la Iglesia africana, y en concreto la de Cartago que él preside en el momento de la invasión. La oposición a los vándalos tiene en Quodvultdeus una doble vertiente: son arrianos y son bárbaros, enemigos religiosos y políticos simultáneamente, en una dualidad que vemos emerger por todo el occidente romano. Hidacio es otro magnífico ejemplo, pero que alcanza en los sermones del obispo de Cartago una incomparable fuerza evocativa. Hace frente «no sólo a las objeciones teológicas que podían hacer tambalear la fe de su congregación, sino también al desorden moral que provocaba la implantación oficial del arrianismo en todos los órdenes de la vida» (p. 113), asumiendo hasta sus últimas consecuencias el papel de pastor de almas que a su oficio competía. Su percepción milenarista, según la cual la invasión bárbara era un castigo divino, por los pecados y la impiedad de los africanos, no le lleva a una aceptación fatalista de la situación; Dios perdonará el arrepentimiento de su grey y

acabará castigando a los vándalos porque su perfidia ha sido aún mayor. Expulsado de su sede por Genserico junto a la mayoría de los obispos disidentes, probablemente en el 440, Quodvultdeus desde su exilio en Campania siguió clamando contra sus enemigos, pero sus esperanzas de una recuperación católica y romana estaban aún muy lejos de cumplirse cuando muere en el 454.

El trabajo de Raúl González Salinero es claro y preciso, con un estilo tan convincente como el del mismo Quodvultdeus, rescatando a este autor de la polémica teológica, prosopográfica o literaria para insistir en el valor testimonial, histórico, de su obra. La perfecta contextualización de la misma permite, a su vez, que el libro sea una lúcida aproximación a la realidad religiosa y política del África cristiana en la primera mitad del siglo V. El trabajo, que cuenta con una completa bibliografía y útiles índices, aparece publicado, por otro lado, en una magnífica colección (*Graeco-Romanae Religionis Electa Collectio*) dirigida por Sabino Perea, cuyo catálogo es una muestra del gran momento que los estudios sobre las religiones antiguas atraviesa en España.

Pablo C. Díaz

DE AZCARRAGA SERVET, M^a Josefa, *Las masoras del libro de Números. Códice M¹ de la Universidad Complutense de Madrid*. Textos y Estudios “Cardenal Cisneros” de la Biblia Políglota Matritense. Instituto de Filología del CSIC. Madrid 2001, 265 pp.

Un número elevado de lectores de esta revista sin duda se preguntará qué son las masoras; y la respuesta a esa cuestión no la van a encontrar en el libro que reseñamos, porque éste va dirigido a quienes ya conocen el término y se interesan con conocimiento de causa por lo que representa.

«Masora» significa en hebreo *tradición, transmisión* y es término técnico para denominar el trabajo de los que podríamos considerar los primeros gramáticos de la lengua hebrea, que a partir del siglo VIII aplicaron sus conocimientos al texto hebreo consonántico de la Biblia, y, además de proveerlo de unos signos vocálicos de los que carecía —porque en principio no los necesitaba—, realizaron estudios, compararon textos, elaboraron listas con las palabras que aparecían una sola vez o dos veces o tres, con sus características y peculiaridades, fijaron la lectura del texto, etc.

Existen abundantes tratados de Masora, pero lo que aquí se publica y se estudia son las anotaciones de Masora realizadas en los márgenes de un manuscrito concreto, el códice M¹ de la Universidad Complutense de Madrid, en la parte correspondiente al libro bíblico de Números.

Posiblemente todos hemos visto alguna vez un manuscrito bíblico en el que el texto central se encuentra rodeado de una decoración a veces a base de volutas de tipo vegetal, otras con figuras de animales... Lo que parecen trazos del dibujo son con mucha frecuencia líneas de texto en las que se hallan recogidas la Masoras.